

El legado de Julián Marías

HELIO CARPINTERO *

L

a cortina se ha corrido. La última escena del drama vital de Julián Marías ha tocado a su fin. Ahora, que comienza para sus muchos discípulos y sus innumerables lectores el vacío de su ausencia, resulta más visible la magnitud de su figura y el valor de su lección.

Ortega dijo alguna vez que valoraba a la persona en la medida en que la serie de sus actos fuera necesaria y no caprichosa. La vida caprichosa o frívola, la carente de sustancia, fundamenta cada una de sus sucesivas elecciones sólo en función del momento inmediato, sin contemplar el horizonte global de la existencia. No advierte la condición única e irrepetible de cada hora, y el valor que ésta tiene para el cumplimiento de ciertos fines trascendentes que dan valor y peso a la existencia.

Marías ha sido un caso extraordinario de coherencia vital, de autenticidad en su decir y su hacer, de sentido moral de la propia vida. En cierto modo, ha sido la realidad misma la que le ha ido marcando un camino con una voz que era la propia voz de la verdad.

Una y otra vez ha recordado la escena infantil en que, reunido con su hermano, siendo muy niño, los dos habrían tomado la decisión de nunca faltar a la verdad. Uno de sus últimos textos, aquel en que agradecía el homenaje que le tributó a comienzos de este mismo año el Instituto de España, precisamente recuerda esta pequeña historia, al tiempo que reconoce el permanente valor que ha ejercido a lo largo de su vida. La verdad, el respeto a la verdad, el hacerla brillar en toda ocasión y situación, ha sido la guía constante de sus actos.

Encontró, ya en los tempranos años de su formación en la facultad de filosofía de la universidad de Madrid, la presencia viva de una filosofía a través de la cual la realidad parecía mostrar su compleja organización, su fuerza

* Catedrático de Psicología de la Universidad Complutense. De la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Vicepresidente de FUNDES

constructiva, su profundo atractivo junto a su problematismo. Entendió que, gracias a aquella manera de ver las cosas, éstas aparecían puestas en su verdad. Y puso su vida a esa carta, porque la fuerza de la evidencia le impulsaba a ello, y nada ni nadie de lo que luego la vida iba a depararle pudo disuadirle de la rectitud de aquella primer opción.

Hay tiempos en que la vida es cómoda y suave, y otros en que todo se eriza de dificultades y peligros. La elección de aquella filosofía descubierta en su juventud se iba a convertir en norma y criterio de sus actos posteriores.

Recién terminados sus estudios, en 1936, sobrevino la tremenda mutación de la guerra civil, y la necesidad de reacomodar la vida a la nueva circunstancia. La obra entera de Marías es el testimonio más claro e inequívoco de la que entonces fue su opción: mantenerse fiel a sus propias evidencias, fiel a lo que le parecía verdadero.

Eso quería decir fidelidad a la filosofía que había comenzado a hacer propia, recibida de sus maestros, fundamentalmente Ortega, pero repensada y sometida a la continua prueba y contraste con lo real. La fidelidad a unas ideas, pero ideas que se le mostraban como verdaderas, iban a cerrarle el acceso a una carrera universitaria, a una docencia cuya vocación sentía muy viva. Se le cerraba todo un mundo de facilidades y oportunidades que hubiera podido alcanzar renunciando a sus convicciones y sus personales modos de ver las cosas.

Eligió la fidelidad a sus ideas y convicciones. Aceptó asentar su vida sobre la base firme pero incómoda, difícil y estrecha de la autenticidad personal. Precisamente en el arranque de su Introducción a la filosofía, libro que expresa de modo inmejorable su actitud personal y dramática de hacer de la filosofía la sustancia de la existencia, hace patente su preocupación porque el hombre de nuestra época, en muy altas proporciones, ha aceptado vivir “contra la verdad”. O, con otras palabras, ha renunciado a vivir según sus propias evidencias, sustituyéndolas por las meras conveniencias, las ventajas, temores o utilidades. El dominio de la sociedad de masas por las informaciones partidistas e interesadas, las capacidades nuevas y casi ilimitadas de nuestro tiempo para la desinformación y la manipulación han hecho posibles esa nueva forma de vida, que es la vida “contra la verdad”. Esta profunda convicción ha sido en gran medida el motor de la existencia de Marías: la de que era preciso por todos los medios, en todas las ocasiones, hacer brillar la verdad y presentarla y transmitirla a los demás. Siempre ha hecho suya la tesis de que la verdad es el fundamento sólido de la libertad.

La filosofía que así asumía, la enseñada por Ortega, proclamaba como una de sus tesis radicales aquella de que mi propia realidad, aquella que es marco y horizonte de todas las demás, la formamos yo y mi circunstancia, en tan estrecha e indisoluble forma que resulta indispensable la salvación de la circunstancia para que yo mismo pueda salvarme, esto es, encontrar mi propio sentido y mi plenitud.

Para Marías esto tenía un sentido inequívoco, y al mismo tiempo, demandante y arriesgado. Para un español de su generación, la propia realidad de España, sobre la que se había hecho tanta meditación y tanta literatura, y luego vertido tanta sangre, y sufrido tanto dolor, y tanta ausencia, se había convertido en razón y argumento de la existencia.

En reiteradas ocasiones, Marías proclamó su rechazo radical a aquella guerra que dividió a los españoles. Siempre creyó que era preciso salvar las porciones de razón que tuvieron los distintos bandos —la integridad nacional junto a las diferencias culturales, la implantación de una sociedad justa, libre, democrática, integrada en Europa, y aun más en Occidente—, y era necesario combatir los fundamentalismos de todo orden que tendían a sustituir la España real por sus construcciones partidistas, impuestas haciendo violencia a las aspiraciones profundas de un cuerpo social necesitado de concordia.

Durante muchos años, su palabra se dejó oír en cuanta ocasión de relieve social se presentó envuelta en tensiones de partido, en prejuicios ideológicos, o simplemente en argumentos insuficientes o sesgados. Allí trató siempre de encontrar las razones verdaderas, los argumentos libres de parcialidad, el juicio razonable y claro que ayudaba a los demás a tener opiniones fundadas e ideas claras sobre lo que estaba en juego.

Habrà algún día que hacer con calma el recuento de las empresas en que su palabra ha estado comprometida, y en que sus ideas, sus argumentos, han arrojado algún rayo de luz oportuno. No hay duda de que nuestra imagen actual de Ortega y de Unamuno, de la generación del 98, del liberalismo español —Jovellanos, Juan Valera—, de nuestro siglo XVIII y toda la Ilustración, y la España que entonces era “posible” y se perdió, o yendo aun más cerca, la superación de la guerra civil, sus esfuerzos para contribuir a hacer posible la transición democrática, su activa cooperación desde las páginas de la prensa a la hora de construir la Constitución que hoy nos dirige; sus reflexiones sobre la índole de la persona, el rechazo del aborto desde una perspectiva estrictamente humana, su valoración de las dimensiones religiosas de la existencia, su rechazo de todos los fanatismos y totalitarismos, deshumanizadores de la existencia; tantas y tantas “cuestiones disputadas” de nuestro mundo sobre las que ha pensado, y a las que ha aportado alguna palabra, mayor o menor, pero siempre veraz, siempre personal, siempre justificada...

Julián Marías era una voz razonable, una palabra convincente, con la que podíamos contar. Estaba ahí, para todas las ocasiones graves, dispuesta a ayudarnos a entender las cosas mejor y entendernos a nosotros mismos. Era así, al menos, para innumerables lectores suyos, que veían un poco más claras las cosas después de haberle escuchado o leído sus argumentos en un breve artículo de periódico siempre oportuno, siempre al quite.

Ahora ya no está. Desde ahora, no cabe que nos hagamos la ilusión de esperar que con sus palabras y sus razones venga a facilitarnos a nosotros las cosas. Aunque nos enseñó reiteradamente que cada uno de nosotros somos responsables de la figura de nuestra existencia, y que sólo salvando nuestra

circunstancia —esto es, procurando por los medios posibles que sea razonable, que haga posible la libertad y la verdad, que permita la vida personal, la dignidad humana, la existencia auténtica y solidaria de todos los hombres— podemos salvarnos a nosotros mismos, sin duda habremos de convencernos de una vez por todas de que, definitivamente, nos hemos quedado solos y nos han puesto en las manos el testigo que la historia hace pasar de unas generaciones a otras.

El legado que Marías pone en nuestras manos es, precisamente, nuestro propio vivir, nuestra propia existencia. Nos hace ser conscientes, con última gravedad, de la responsabilidad moral que cada uno tiene para con su propia vida, para con su vida auténtica. Y deja, más allá de cualquier contenido concreto que pudiera importarnos, la exigencia radical de vivir según la verdad, cueste lo que cueste.

En cada esfera de la vida, individual y social; en cualquier lugar social, alto o bajo; en el fondo último de la conciencia de todos cuantos hemos sido sus discípulos, se deja sentir hoy, con la tristeza del adiós al maestro, la nueva exigencia de rigor y de llamada a la vida verdadera que su ejemplo vital nos deja. Cobran nueva actualidad los versos de Machado al maestro Giner, en ocasión similar a la que ahora vivimos:

“Yunques, sonad,
enmudeced, campanas”

La hora de la tristeza puede y debe ser fecunda dando paso a la acción justa, a la respuesta debida, a la palabra verdadera. Por los frutos de los discípulos se debe poder llegar a conocer cuál fue la índole de sus maestros. Nos ha llegado la hora de responder del modo debido a la magnitud de su magisterio.